

HUCHIM



Si sufraga un tercio del electorado y un 10% anula su voto, la próxima Cámara de Diputados será elegida con uno de los porcentajes más bajos en la historia del país.

Los bueyes como razón

EDUARDO R. HUCHIM

Si les queda algo de convicciones democráticas y de sentido común, las oligarquías partidarias deben estar muy preocupadas por el hartazgo perceptible en grandes segmentos de la sociedad mexicana, debido a la dislocación existente entre los partidos políticos y los intereses y esperanzas de los ciudadanos.

Enfrascadas en el juego de las cuotas y la negociación pedestre —¿qué me das a cambio de lo que yo te doy?—, esas oligarquías están produciendo desencanto y decepción con la democracia. Una democracia que los partidos —todos— han distorsionado y degradado antes de consolidarla. Y sus militantes que llegan al servicio público han sido incapaces de contener la corrupción y, peor aún, muchos se han convertido en sus practicantes. En tanto, la sociedad mira atónita las corruptelas y los dispendios de los tres poderes, que son denunciados una y otra vez, pero nada sustantivo cambia. Las públicas denuncias que en otros países son como potentes trompetas que hacen caer los muros de Jericó, aquí no rebasan el susurro y, si acaso, sólo generan el chiste catártico.

Es explicable, entonces, el ímpetu del movimiento ciudadano que postula el voto nulo como forma de protesta contra los partidos. José Antonio Crespo, uno de los principales impulsores del “anulismo”, explica así la lógica esencial de su posición: “...Lo que está mal es el sistema de partidos en su conjunto, no un partido respecto de otro. Bajo esa óptica, votar implica respaldar y fortalecer la partidocracia. El voto nulo pretende generar una fuerte presión ciudadana para orillar a los partidos a aceptar reformas que limiten sus privilegios y fortalezcan políticamente a los ciudadanos. O, en el peor de los casos, hacer patente a los partidos el grado de inconformidad...” (*Excelsior*, 25/05/09). El prestigiado politólogo también plantea una variante: votar por candidatos no registrados. (Crespo, por cierto, ha sido amenazado con una demanda de daño moral por el consejero del IFE Marco Antonio Gómez Alcántar, por haberlo identificado con los intereses del Partido Verde y de las televisoras, percepción compartida por casi todos quienes nos ocupamos de los temas electorales).

Anular el voto como protesta no tiene



Continúa en siguiente hoja

Fecha 09.06.2009	Sección Primera - Opinión	Página 11
----------------------------	-------------------------------------	---------------------

un puerto seguro al cual arribar, porque no es cuantificable con precisión, al no existir en la boleta electoral –a diferencia de otros países– un cuadro que permita el sufragio en blanco. Así, el voto de protesta se confundirá con los anulados por diversas causas, si bien para tener una aproximación de su número bastará con restar al de 2009 los registrados en otros años. Sin embargo, la sola existencia del movimiento “anulista” ya es un triunfo por sí mismo, porque ha concitado la atención pública y, naturalmente, la preocupación partidaria.

Correo electrónico:
omnia08@gmail.com

De acuerdo con mediciones de *Reforma*, los votantes que anularán su voto representan el 10%, que sería un porcentaje altísimo (en 2006 los votos nulos representaron 2.6%). Si esto es así y acude a sufragar aproximadamente un tercio del electorado, la próxima Cámara habrá sido elegida por uno de los porcentajes más bajos en toda la historia del país. Y es posible que éste sea el escenario optimista para los partidos, porque la realidad podría ser peor.

Valdría la pena que los “anulistas” hicieran una diferenciación en las entidades donde hay comicios locales concurrentes con los federales. El sufragio anulado en la elección federal sin duda enviará un fuerte mensaje a los partidos. No estoy seguro de que sería lo mismo en los comicios locales, y ahí más bien se beneficiaría al partido que estuviera en el gobierno y se favorecería su dominio, merced a su voto duro, que suele ampliarse cuando se tiene el poder. Esos mismos promotores deberían estar pensando ya en lo que sigue, en cómo transformar en un movimiento ciudadano permanente su justificado hartazgo con los partidos.

Comprendo pues los motivos de los “anulistas” y no tengo duda del fuerte impacto de su movimiento, aunque está por verse si poseerá la fuerza suficiente para promover cambios políticos relevantes. En mi óptica, en las democracias, votar por un partido es lo ideal, ideal que se contrapone a la abstención lisa y llana, que es lo peor. Entre lo ideal y lo peor, está el término medio, que para mí es acudir a votar pero anular la boleta. Yo opto por lo ideal, sufragar por alguno de los partidos. Esto, por diversas razones que ya no tienen espacio en este texto y entre las cuales hay una de profunda filosofía campirana: con esos bueyes hay que arar.